

Unas palabras para Carlos Forcadell

José-Carlos Mainer

Universidad de Zaragoza

Es un honor inmerecido, sin duda, pero también gustoso e irrenunciable, poder participar en el primer acto público de este homenaje que se ofrece a Carlos Forcadell. Me corresponde enumerar los méritos de mis compañeros de mesa y pienso que lo más oportuno, sin embargo, es limitarme a subrayar su idoneidad y representatividad aquí donde se ha de hablar del *compromiso social del historiador*. Tanto Pedro Ruiz Torres como Ramón Villares Paz encarnan unas líneas de trabajo renovadoras en las que llama la atención la vocación interdisciplinaria, porque ambos padecen –afortunadamente para ellos y para sus lectores– la misma curiosidad universal y avizora que profesa Carlos Forcadell. Me permito recordarles que el primero dirige desde 1999 la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, un título tan delatoramente benjaminiano que evoca que el «ángel de la Historia» que pintó Paul Klee sigue siendo testigo insomne de la batalla de la cultura en tiempos poco gratos. Ramón Villares ha brindado, junto a estudios generales sobre la historia moderna de Galicia, algunos trabajos memorables sobre la trama del nacionalismo literario, trayendo a colación la obra fundadora de Eduardo Pondal, el significado del grupo de la revista *Nós* y una bienvenida exploración del libro *Arredor de si*, de Ramón Otero Pedrayo, que es una de las autobiografías intelectuales más fascinantes de las letras hispánicas al filo de los años treinta del siglo pasado.

Ambos disfrutaron de un elevado reconocimiento científico, porque poseen de añadidura los dones del buen gobierno de la vida académica y de ese arte particular de la síntesis madura, que es prenda todavía más rara. Los dos han sido memorables rectores de sus viejas universidades de Valencia y Santiago. Nuestro Carlos Forcadell ha sido un imprescindible director de Departamento en momentos de mudanza, ha presidido con acierto la Asociación de Historia Contemporánea y ha refundado la Institución Fernando el Católico, sin duda el más fecundo de los centros de su naturaleza que subsisten en España, pero como todos los demás necesitado de purgar la huella de su pecado original. Torres y Villares han participado –Villares en la dirección; uno y otro en la redacción de sendos volúmenes– en el valioso empeño de la *Historia de España*, editada por la barcelonesa Editorial Crítica (cuando todavía regía sus destinos Gonzalo Pontón) y la madrileña de Marcial Pons, bajo dirección compartida con Josep Fontana. Y no parece casualidad que Carlos Forcadell escribiera una cumplida reseña de los tres primeros volúmenes que aparecieron (los dedicados al siglo XVIII por Ruiz Torres, al siglo XIX por Josep Fontana y la república y la guerra civil por Julián Casanova) bajo el título

revelador de «Una nueva historia general de España para nuestro tiempo» (*Revista de Libros*, 148, 1 de abril de 2009).

Forcadell recuerda allí que «las historias nacionales son productos estrictamente contemporáneos que se configuran como poderosos instrumentos educativos, universitarios, investigadores y culturales a partir de la constitución de las naciones modernas y de la construcción de unos nuevos Estados liberales cuyo programa se desplegó nacionalizando todas las variables de la realidad social y cultural, desde el mercado y la economía a la política, desde los bienes de la Iglesia hasta el propio relato del pasado». Pero le constaba también que, en los confusos comienzos del presente siglo XXI, el grado de certidumbre que en España presenta la aceptación de ese «Estado liberal» (o simplemente constitucional), la relación con la religión mayoritaria y con la imagen del pasado –convertido en mosaico de recelosas identidades conflictivas– han hecho mucho más difícil acertar en el empeño de cartografiar ese pasado sin que nuestro presente destiña demasiado sobre él. Y por eso nos recuerda oportunamente en esta larga reseña que los importantes pasos de ese propósito de una conciliación atenta, inteligente e imparcial se iniciaron en la obra pionera de Rafael Altamira, a finales del siglo XIX, y han sido encarnados sucesivamente por el proyecto de nacionalismo liberal y unitario de Menéndez Pidal en 1927, la voluntad rupturista con el credo franquista que Miguel Artola imprimió a la *Historia de España Alfaguara*, de Alianza Editorial (1972), la buena nueva progresista que inspiraba el proyecto de Manuel Tuñón de Lara en la *Historia de España* que dirigió para Editorial Labor en los años ochenta y el tono renovador e interdisciplinario que José María Jover Zamora alcanzó a dar a la última etapa de la *Historia* de Menéndez Pidal, ya en los noventa. Tales eran, a su entender, los valiosos antecedentes de la empresa de Fontana-Villares, que «se propone ser la obra de una generación, para una generación, y está destinada a ocupar un lugar destacado en el mercado cultural de los manuales y síntesis de Historia de España», según consigna Forcadell.

Sobre los usos de la historia

La significativa reseña de Forcadell olvidó advertir que seguramente será también la última obra que basará buena parte de su autoridad en su condición de imponente texto impreso de referencia, cuando el futuro de la comunicación intelectual se apoya cada vez más en la volatilidad de las redes y en la renuncia tácita a los esfuerzos de síntesis. Y donde los aires «democráticos» (y algo conspiratorios) de los congresos que proliferan y de los proyectos de investigación en marcha parecen apagar los últimos ecos de los grandes esfuerzos solitarios y de la huella de la legítima hegemonía de los «maestros». Porque nadie puede dudar que Carlos Forcadell pertenece a esa estirpe, aunque se haya sabido adaptar muy tempranamente a los nuevos hábitos mezclando las proporciones adecuadas de camaradería, afable y algo socarrona, con la autoridad intelectual (sin énfasis innecesario) que le otorga su larga trayectoria. Con el añadido de eso que todavía llamamos con admiración «formación alemana»: una solidez que no excluye la originalidad y el atrevimiento pero ponderados y reflexivos.

Como su maestro y amigo, el inolvidable Juan José Carreras, Forcadell es un devoto de la teorización que, sin embargo, sucumbe siempre a la tentación de la praxis, tan inevitable en los tiempos que corren y a la vista de los muchos desaprensivos que los frecuentan. Nunca deja de cavilar con grandeza y rigor pero tampoco descuida que hay que actuar con cálculo y tino. Nuestro Carreras escribió menos de lo que llegó a tener bien pensado y bien resuelto –era un tiempo más inclemente–, pero Forcadell ha hecho de todo y en su bibliografía hallamos historia nacional, local y comparada, teorización de conceptos historiográficos, historia cultural e ideológica... Y, a menudo, usa un término que define y sintetiza casi todo: discorra sobre lo que



Con José Carlos Mainer en la presentación de la publicación número 3000 de la IFC. Salón de actos de la DPZ, 15 de febrero de 2011.

discurra, siempre tiene presente la variedad de los «usos» de la historia, tan diversos y hasta enfrentados. Ese fue precisamente el tema sobre el que versó el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea en Zaragoza, que él organizó en 2002. Y añadamos que, a la fecha y desde 2009, dirige un proyecto de investigación sobre «La cultura nacional española» y el Grupo Consolidado de Investigación que se trabaja en «Usos públicos de la Historia en Aragón».

Nunca ha dejado de atender a lo local y a lo universal. Era una tentación en una región marginal convertirse en bardo de entusiasmos y vindicaciones localistas cuando los primeros síntomas de la Transición –en el comienzo de los setenta– parecían ir por ese camino. Forcadell lo recorrió con provecho pero, cuando se decidió conmemorar la existencia del periódico *Andalán* (1972-1989) y fue él quien dio forma a la idea, supo buscar un título evocador pero también desmitificador (*Los espejos de la memoria*) y, en definitiva, acertó con la cercanía cómplice y la distancia estratégica y bienhumorada que aquel recuerdo colectivo requería. La mezcla de ecuanimidad y escepticismo es muy recomendable cuando alguien anda en los vericuetos de la historia y se mueve en un terreno sacudido todavía por los terremotos metodológicos recientes. El ejercicio de la memoria sobre nuestro propio pasado requiere la aplicación frecuente de desinfectantes. Y esa prevención fue, sin duda, otra lección vital de Juan José Carreras.

Cuando escribo estas líneas, hace un año (febrero de 2018) que tuve el honor y la satisfacción de presentarle una conferencia en el curso de la Asociación de Profesores Eméritos de la Universidad de Zaragoza; el punto de partida era una reflexión a propósito de la presencia de las Humanidades en el ámbito del conocimiento. Desde el veterano George Steiner hasta Martha Nussbaum desfilaron por la charla todos los ardorosos defensores de la universalidad del humanismo, incluidos los apologetas españoles como Carlos García Gual o Jordi Llovet. Pero



Con Gonzalo Borrás y Guillermo Fatás. IFC, Zaragoza, 2007.

aquella apelación a la unidad intelectual del conocimiento y aquella aversión a las simplificaciones utilitarias no era cosa nueva en Forcadell: hace veinte años quizá, me comentaba que cuando explicaba un tema que era muy suyo –la primera guerra mundial y las convulsiones que la precedieron y siguieron– demandaba a sus alumnos leer *La cripta de los Capuchinos*, la novela de Joseph Roth. Yo prefería para el caso *La marcha de Radetzki*, le apostillé, pero de cualquier modo, a los dos nos fascinaba la literatura de aquel lúcido judío austrohúngaro (al que, seguro, él había leído en alemán y antes que yo), que murió en París, justo cuando comenzaba el otro gran incendio general del siglo pasado.

La batalla de la historia contemporánea

Por razones de edad, Forcadell ha sido testigo del despliegue del estudio de la Historia Contemporánea en la España de los últimos cincuenta años. Sabido es que el franquismo la tuvo en cuarentena porque el siglo XIX había sido el siglo del liberalismo (que fue castigado por la inestabilidad y la insignificancia) y porque el precedente siglo XVIII fue una centuria envarada y galicana, ajena a la verdadera sustancia del país. Y del siglo XX solo había que saber que fue la incómoda antesala de la Cruzada y la Victoria, a las que siguió el tranquilo disfrute de sus magnos logros. El pasado tenía que ser antiguo y enfático: para eso estuvieron el milenario de

Castilla en 1943, el recuerdo vivo de la Reconquista siempre y, sobre todo, los Reyes Católicos. Solo cambió un poco el guión de lo conmemorable cuando en 1958 se celebró el centenario de la muerte de Carlos I y hubo que hablar alguna vez del Imperio y de conflictos europeos, de erasmistas y de protestantes. Lo demás fue, en gran medida, jurisdicción de lo que –muy agudamente– Jean François Botrel llamó *hispanismo de sustitución*, y de algunos ilustres exiliados de 1939: las mejores síntesis sobre el siglo XVIII vinieron del francés Jean Sarrailh (*La España ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII*) en los años cincuenta y del estadounidense Richard Herr (*España y la revolución del siglo XVIII*), ya en los sesenta; los primeros grandes trabajos de historia cultural del siglo XIX fueron los que publicaron en el destierro Vicente Lloréns sobre las emigraciones liberales de la época fernandina, los de Juan López Morillas sobre la historia del krausismo y el ciclo de José Fernández Montesinos sobre el desarrollo de la novela, desde el costumbrismo y la novela histórica hasta Galdós.

Por supuesto que un veterano ensayista liberal-conservador, Melchor Fernández Almagro, escribió panorámicas acertadas y que Gregorio Marañón mantuvo en sus ensayos el honor del siglo liberal. Pero solo en los años cincuenta comenzaron los empeños académicos que, en muchos casos, provenían de estudiosos que se habían iniciado en trabajos sobre la Edad Moderna: fue el caso de Jaume Vicens Vives (de quien proceden Josep Termes y Josep Fontana, entre otros) y de José María Jover Zamora. O el de personajes de perfil algo diferente como Vicente Cacho Viu y Carlos Seco Serrano. Por ellos supimos algo de la constitución de la burguesía mercantil catalana, la formación de la conciencia burguesa y la conciencia obrera, la historia



Con Ignacio Izuzquiza, Jose Carlos Mainer y María Dolores Albiac en el ciclo *Cajal*, una reflexión sobre el papel de la ciencia. Salón de actos de la DPZ, 29 de noviembre de 2002.

de la Institución Libre de Enseñanza o dispusimos en ediciones en la Biblioteca de Autores Españoles de importantes textos de los siglos XVIII y XIX.

Pero en 1980 el escalafón reflejaba un panorama poco alentador. La historia de la liquidación de un modelo académico y su reemplazo la ha contado el propio Carlos Forcadell en el trabajo «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática», un incitante capítulo de lo que podrían ser unas memorias colectivas. La ocasión fue el crucial homenaje a Tuñón que auspició la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el verano de 1981. El trabajo vio la luz en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2008, pero antes se anticipó parcialmente en el homenaje aragonés a Tuñón, en 2006; lo recomiendo vivamente a quien quiera saber la significación del carisma de Tuñón de Lara en el proceso de la nueva historia y para quien quiera disponer de un análisis impecable de las fuerzas renovadoras de la universidad de los setenta y también de un vivaz retrato de las jactancias, las servidumbres y los pactos que configuraron el cambio de las cosas en el decenio de los ochenta y parte del siguiente.

Carlos Forcadell y (al fondo) la Universidad de Zaragoza

Carlos Forcadell obtuvo el título de Licenciado en Filosofía y Letras en 1969; tras un par de años de dar clases en enseñanza media se trasladó a Heidelberg en 1972 y regresó en 1974 a la entonces muy joven y bastante movida Universidad del País Vasco. De allí pasó otra vez a Zaragoza y obtuvo plaza de titular en 1980, primero en la Universidad del País Vasco y en 1982 en la aragonesa.

En 1969 la Facultad de Letras zaragozana era un centro modesto y provinciano aunque ya daba alguna señal de cambios inminentes, como el resto del país. En 1970 se había promulgado



Con Ignacio Peiró, y al fondo la imagen de Luis Buñuel, en la exposición *100% Residencia (1910-2010)*. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.



Junta directiva de la Asociación de Historia Contemporánea: Teresa Ortega, Mariano Esteban, Juan Pro, Carme Molinero, Anacleto Pons, Carlos Forcadell, Ángeles Barrio, Manuel Pérez Ledesma, Pedro Novo. Granada, 2012.

la Ley General de Educación que los inconformes entendieron como una reconversión del vetusto aparato educativo público en una palanca al servicio del *neoliberalismo* (así decíamos entonces) que parecía necesitar con urgencia dóciles profesionales y fuerzas laborales capaces de leer y entender un folleto de instrucciones. Puede que, en parte, fuera esa la intención última del legislador, pero los efectos prácticos fueron muy otros y más benéficos: hubo una exponencial –y vista de cerca, casi conmovedora– demanda de estudios, se crearon universidades y facultades por doquier y, como consecuencia del estirón, se consolidó una suerte de joven proletariado académico (los profesores no numerarios: «PNN» o «penenes» en la jerga del momento), todo lo cual iba a ser un elemento decisivo en la inminente modernización de la sociedad española.

La mayoría de los catedráticos zaragozanos que Carlos Forcadell había tratado hasta 1969 habían arribado a sus puestos en los años cuarenta o cincuenta; apenas existía profesorado subalterno, de estatus menos que precario y del que no era fácil manumitirse. En los años siguientes, la situación cambió mucho. El más veterano, el catedrático de Lengua y Literatura Españolas, Francisco Ynduráin, obtuvo plaza en Madrid en 1972, donde ya andaban sus hijos (todos con brillantes carreras académicas) y donde esperaba quizá más justo reconocimiento de sus méritos. Aquel mismo año murió Francisco Abbad-Jaime de Aragón, catedrático de Arte, que ya había obtenido el traslado a Madrid. Ynduráin había sido discípulo de Unamuno y, aunque cauto en su expresión, era hombre de ideas y ambiciones más avanzadas. Abbad había iniciado su carrera académica con una tesis doctoral de 1935, dirigida por Manuel Gómez Moreno nada menos, sobre el arte románico de Cinco Villas; fue suboficial republicano durante la guerra civil y yo le oí –en un café de Teruel, ya avanzada la noche– pronunciar un sonoro y significativo «¡Viva la Institución Libre de Enseñanza!». También habían iniciado sus carre-

ras en los felices tiempos pretéritos de la Junta para Ampliación de Estudios el catedrático de latín Vicente Blanco García, muy activo en publicaciones hasta los primeros años cincuenta (y luego, mudo), y José María Lacarra, catedrático de Historia Medieval y, sin duda, el investigador más prestigioso de la Facultad zaragozana a la que había llegado en 1940. Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía, se jubiló en 1973. Había sido simpatizante falangista y era un pensador católico, interesado por la antropología y por la literatura, que, antes de la guerra civil, había iniciado una prometedora trayectoria de escritor vanguardista cuyos libros editó mucho después su nieto Alberto Montaner, brillante filólogo. De su ecuanimidad bondadosa daba fe el que a menudo se refería a «mi ilustre predecesor en esta cátedra»... Que era José Gaos, republicano, exiliado en México y traductor de Heidegger.

Quienes representaban la más recia encarnación de los vencedores de 1939 eran Fernando Solano Costa, catedrático de Historia Moderna desde 1950, que ya era jefe del SEU en 1934 y ostentaba la medalla de la Vieja Guardia, y Carlos Corona Baratech, de Historia Contemporánea (desde 1953), falangista convencido que también mantuvo simpatías opusdeístas. Uno y otro no ocultaron jamás sus ideas políticas, incluso cuando cambiaron las fechas y las tornas. El poder alternativo del mismo franquismo lo encarnaba una amplia y casi autónoma Cátedra de Geografía en la que ejercía mando omnímodo José Manuel Casas Torres, llegado a Zaragoza en 1945 a punto de cumplir treinta años pero ungido de celo al haber sido reclutado para el Opus Dei por el propio Escrivá de Balaguer en la Valencia de 1939. Nunca ocultó serlo. Y tampoco lo hizo con sus personales convicciones, acerca del orden y de la autoridad, Ángel Canellas López, catedrático de Paleografía y Diplomática, desde 1945. Antonio Beltrán, que llegó como catedrático de Arqueología (luego lo fue de Prehistoria), fue –como todos ellos– un hombre de notoriedad pública, concejal del ayuntamiento y diputado provincial; pocos sabían que, por imperativo geográfico, había sido también soldado republicano en la guerra civil pero pronto dio a conocer que él era fundamentalmente apolítico. Por ello ejerció un largo decanato que cubrió con holgura la transición de la Facultad zaragozana y favoreció la inevitable renovación (que a su lado impulsaba decisiva y sagazmente el secretario de la Facultad, Guillermo Fatás); parte de ella fue el reingreso de Carlos Forcadell en 1982, aunque también debió bastante a la autoridad moral que –desde los departamentos de Historia y los de Filología– ejercieron con discreción dos catedráticos que habían venido de países germánicos: Juan José Carreras, que lo hizo en 1969 desde Alemania, y Félix Monge que vino de Zurich un año antes. Y un hecho significativo de la culminación del cambio fue la sesión, ni breve ni fácil, en que el pleno de una Junta de Facultad de 1984 aprobó la propuesta de otorgar el doctorado Honoris Causa –que celebraba el IV Centenario de la Universidad– a José Manuel Bleuca, Luis Buñuel, Pablo Serrano y Manuel Tuñón de Lara. La moción surgió en gran medida del Departamento de Historia Contemporánea y fue aprobada, no sin dificultades, por el pleno. Constituyó todo un símbolo.

El relevo generacional se cumplía en personas que estaban entonces en la treintena de su edad y que a fecha de ahora se vienen jubilando en este segundo decenio del siglo. Pero cuando lo hacen, ya no se abre a los pies de sus sucesores un abismo de dudas y conspiraciones como en aquellos primeros ochenta del pasado siglo, sino el tranquilo sucederse de otra promoción que ya está en plena y bien probada madurez. Y detrás de la cual ya hay, por lo menos, otra en espera... Algunos de sus componentes son los que han organizado este homenaje y es un honor poder recordarles que una parte del *compromiso social del historiador* –al que se refiere el título de la mesa que presido– consiste precisamente en propiciar y aceptar la continuidad natural de nuestro trabajo en aquel que ya están haciendo otros.